Querido Alberto

María-José Ragué-Arias

Yo diría que eras «todo teatro», pero no lo digo, porque también eras «todo amistad», «todo cariño», «todo amor», y en general, todo lo que eras lo eras «todo», porque eras un ser generoso y apasionado, dinámico y brillante, profundísimo y superficial, antinómico y sinónimo… Pero no voy a seguir intentando imitarte porque eras inimitable e inigualable.

En 1966, comenzabas a dar clase en el Instituto del Teatro de Barcelona. Formaste el Cátaro, el colectivo teatral español más cercano al «teatro radical». Ganasteis premios… Pertenecías a «la generación más premiada y menos representada», pero, aunque ni tanto ni tan bien como merecías, estrenaste y publicaste.

Te casaste con una mujer absolutamente maravillosa. Luego, Catalunya te resultaba difícil: os fuisteis a Madrid. Seguirías creando nuevos espectáculos cátaros y también un Alberto junior, que corresponde a las excelencias de sus progenitores.

Cada vez que yo iba a Madrid me mostrabas nuevos proyectos, nuevas polémicas, nuevas obras y me informabas de todo lo que ocurría en el teatro.

Tu batalla siempre fueron «los autores vivos». Con la transición tuvimos algunos desengaños. Las Administraciones Públicas habían sustituido en buena medida a la iniciativa privada. Para vosotros, la SGAE no era suficiente. ¿Cómo iba a defender los derechos de quienes no estrenaban? Necesitabais una asociación que velara por el teatro español de autores vivos. Mientras los estamentos públicos buscaban entre los clásicos un teatro al servicio de la puesta en escena o un teatro sin texto, tú escribías *Céfiro agreste…,* una obra que revelaba los entresijos de la política teatral.

Dándole vueltas al tema, llamaste a Eduardo Ladrón de Guevara, quien llamó a Manolo Gómez. Durante meses os reunisteis todas las semanas. Empezasteis a conectar con los autores. Tú, Alberto, convencías a todos de la necesidad de asociarse. Cada día amanecías con una nueva idea. Se te ocurrió plantearle la propuesta a la Asociación Colegial de Escritores: la AAT sería una asociación autónoma dentro de la ACE. La generosidad de Andrés Sorel, su presidente, fue un hecho decisivo. Aceptó y además os cedió un espacio.

El 23 de abril de 1990 constituisteis la Junta que elegía Presidente de Honor a Antonio Buero Vallejo, presidente ejecutivo a Lauro Olmo y a ti secretario general. Felices, fuimos todos a San Sebastián al Primer Congreso Nacional de la AAT. A la muerte de Lauro, tú asumirías la presidencia. Al año siguiente, en Salamanca, celebraríamos el II Congreso… Luego hubo algo de navegación al pairo. Finalmente, la nueva junta se pactó en 1998. Poco ha cambiado desde entonces. Siguen el incansable Jesús Campos como presidente, el prestigiosísimo Domingo Miras como vicepresidente. Y algunas grandes iniciativas: nueva sede, potenciación de las ediciones, bellos y gruesos volúmenes de teatro completo…, creación de **Las Puertas del Drama,** de **EntreCajas** y de un portal en la red en la que colgar nuestros textos.

Han pasado más de veinte años… De vuestro núcleo inicial, Eduardo se ha convertido en un grandísimo guionista en TVE, Manolo Gómez, sigue, cada año, colocando una bufanda a Valle-Inclán. Pero tú nos abandonaste hace ya seis años. Solo puedes contemplarnos «desde la otra orilla». Querido Alberto, todos los socios de la AAT te agradecemos el impulso de su creación. Yo te agradezco tu amistad, que lo envuelve todo. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

fundación autor · SGAE Sociedad General de Autores y Editores · Gobierno de España · Ministerio de Cultura · Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música · La Suma de Todos · CEDRO Centro Español de Derechos Reprográficos